



Homilía

La larga marcha hacia la sinodalidad de la esperanza, la paz y la justicia

**EMBARGO HASTA EL MOMENTO EN EL CUAL EL TEXTO ES
PRONUNCIADO**

Cardenal Charles BO, SDB

Arzobispo de Rangún, Myanmar

Presidente de la Federación de Conferencias Episcopales de Asia (FABC)

Basílica de San Pedro, 23 de octubre de 2023

Mis queridos amigos,

Que la Paz de Cristo esté con todos ustedes.

En las escrituras, seguimos el antiguo viaje de nuestros antepasados, Adán y Eva, que eligieron dejar atrás la comodidad y la gracia que una vez conocieron, optando por un camino envuelto en tinieblas. Desde entonces, la humanidad se encuentra en una incesante búsqueda espiritual, una odisea marcada por una irrenunciable búsqueda de sentido. El Libro del Éxodo retrata a Dios como el liberador de un pueblo oprimido que empleó a un pastor llamado Moisés para enfrentarse al orgullo del faraón. En este momento, Dios inició el Misterio Pascual, ofreciendo su acompañamiento a una humanidad rota, un tema recurrente en la Biblia. El mensaje es muy claro: Dios nunca abandona a su pueblo.

Abraham, nuestro padre en la fe, fue llamado a adentrarse en lo desconocido, y San Pablo, en la primera lectura de la Carta a los Romanos, presenta a Abraham como un ejemplo. Cuando emprendemos los diversos viajes en la vida y en la fe, a menudo nos encontramos inseguros de nuestro destino; y, sin embargo, estamos llamados a aventurarnos en lo desconocido, guiados por nuestra fe inquebrantable. Al igual que la fe de Abraham lo justificó, también nosotros estamos justificados por nuestra fe creyendo que Dios siempre cumple sus promesas. Nuestro viaje sinodal no es una odisea espacial preprogramada con ecuaciones matemáticas fijas. Más bien, cuando Dios nos llama, Él mismo se convierte en nuestro guía, nuestra hoja de ruta y nuestro compañero.

La fe ilumina el camino a través de los momentos más oscuros y tumultuosos de la vida, permitiéndonos ver la gracia de Dios que penetra en las sombras. Como Abraham, la Iglesia está llamada a ser justa, a encarnar un viaje sinodal de fe con la convicción de que Dios nunca yerra. A pesar de las dudas y ansiedades que pueden acompañarnos en esta larga marcha, podemos inspirarnos en figuras como Moisés, elegido por Dios para ser un libertador y un modelo para todos nosotros. Aunque no lleguemos al destino previsto, participar en el viaje ya es una bendición. Entendemos que este viaje sinodal es intergeneracional, que ha sido iniciado por la Iglesia y que inaugura una larga marcha de esperanza para toda la humanidad, incluso en medio de la agitación global, como atestiguan los recientes acontecimientos en Asia Occidental y en otras regiones del mundo.

El Evangelio de hoy combate la insaciable codicia que habita en el corazón humano y que conduce al egoísmo egocéntrico, el pecado original que subyace a gran parte del sufrimiento y los conflictos humanos. Jesús presenta la parábola de un terrateniente codicioso cuyos deseos conducen a la autodestrucción. Dios tiene un plan para cada uno de nosotros y para nuestra Iglesia, y nuestros caminos y planes deben alinearse con Su voluntad. La parábola del rico terrateniente y sus excesivos almacenes sirve como metáfora del mundo actual, donde las guerras y la industria armamentística amasan grandes riquezas a costa del sufrimiento de millones de personas. San Pablo ofrece un antídoto sencillo en la primera lectura: "Cree en un Dios que desea un viaje humano de esperanza y curación. Alinea tus sueños con el plan de Dios para ti". Este mensaje resuena con el Evangelio de hoy.

La codicia humana ya ha infligido profundas heridas a nuestro planeta y ha despojado a millones de personas de su dignidad, como ha subrayado el Papa Francisco en sus recientes y significativos documentos. Estos documentos llaman a una triple reconciliación para salvar a la humanidad y al planeta: Reconciliación con Dios (*Evangelii Gaudium*), Reconciliación con la naturaleza (*Laudato Si'*) y Reconciliación de unos con otros (*Fratelli Tutti*). Nuestro camino sinodal tiene que ver con sanar y reconciliar al mundo en la justicia y en la paz. La única manera de salvar a la humanidad y crear un mundo de esperanza, paz y justicia es la sinodalidad global de todas las personas.

La parábola evangélica fue ocasionada por un hombre que buscaba la ayuda de Jesús para resolver una disputa con su hermano relativa a una herencia. En este Sínodo, una de nuestras grandes preocupaciones es el legado que dejaremos a la próxima generación. El medio ambiente ha sido tomado en préstamo a los jóvenes, y la herencia que les corresponde -un mundo más pacífico con la creación íntegra e intacta- está en peligro. El calentamiento global ha devastado las comunidades y los medios de subsistencia de millones de personas, amenazando con arrebátárselos a la próxima generación. El Papa Francisco ha llamado la atención sobre el concepto de justicia intergeneracional.

Como obispos de Asia, somos muy conscientes de los daños medioambientales infligidos a nuestra región por los desastres provocados por el clima. Contamos con una importante población de comunidades cristianas indígenas, sobre todo en el Mar de China Meridional, el centro de la India, Vietnam y Myanmar. Estas comunidades han sido protectoras de la naturaleza, pero también han sufrido a causa de las ideologías modernas, la colonización y la explotación de los recursos. Mientras la FABC celebra sus cincuenta años, llamamos la atención del mundo sobre la destrucción de enormes extensiones de bosques, pulmones de nuestro planeta en estas regiones, y sobre el aumento de la violencia contra estos pueblos indígenas.

Asia es la cuna de las principales religiones del mundo, y fue en esta región donde arraigó por primera vez el mensaje de Jesús. La Iglesia asiática se ha enfrentado a diversos retos a lo largo de la historia; sin embargo, sigue siendo vibrante y joven. Nuestro camino de fe en Asia no está exento de dificultades, pero este encuentro sinodal nos ha llenado de energía para volver a los grandes días de la evangelización de los Apóstoles. Acogemos con optimismo la invitación a que Asia se convierta en el siglo XXI para Cristo, inspirados por el viaje sinodal de la Iglesia mundial.

En ningún lugar de Asia el camino de la fe cristiana afronta más desafíos que en Myanmar. Nuestro pequeño rebaño se encuentra actualmente disperso debido tanto a catástrofes naturales como a crisis provocadas por el hombre, que causan crisis multidimensionales e inmensos

sufrimientos. Nuestra gente se encuentra en un éxodo. Los hogares han desaparecido, las iglesias se han llevado la peor parte de la crueldad y el Vía Crucis es una dolorosa realidad en muchas partes de Asia.

Sin embargo, al igual que las mujeres fieles que siguieron a Jesús a lo largo del Vía Crucis, la Iglesia de Myanmar y Asia invierte en la esperanza de la reconciliación. Continuamos nuestro viaje sinodal lleno de lágrimas, creyendo que, como aquellas mujeres, veremos curadas todas las heridas, y un nuevo amanecer de esperanza, paz y justicia brillará sobre toda nación que sufre desde hace tiempo. Rezamos para que la Iglesia católica, bajo el liderazgo del Papa Francisco, incorpore a toda la familia humana a la larga marcha de la sanación de nuestro mundo y nuestro planeta, conduciéndonos en última instancia a un nuevo cielo y una nueva tierra.

En nombre del Pueblo de Asia, les deseamos a todos y cada uno de ustedes un viaje bendecido e inspirador.